

REVISTA INTERAMERICANA DE BIBLIOGRAFÍA  
INTER-AMERICAN REVIEW OF BIBLIOGRAPHY

[RIB]

Vol. XIV  
January-March

1964

No. 1  
Enero-marzo

---

<i>Juan Marín, Médico, Cuentista, Novelista</i> . . .	LUIS MERINO REYES	3
<i>Formas Ideológicas en la Estructuración de la República en el Istmo</i>	RICAURTE SOLER	21
<i>Érico Veríssimo and John Dos Passos: Two Interpretations of the National Novel</i> . . . . .	SEYMOUR MENTON	54

REVIEW ARTICLE

<i>Constitutionalism in the River Plate</i> . . . . .	HAROLD E. DAVIS	60
---	-----------------	----

BOOK REVIEWS

LAURETTE SÉJOURNÉ, <i>El Universo de Quetzalcóatl</i> . (By Abraham Arias-Larreta) . . . . .		65
LAWRENCE S. THOMPSON, <i>Printing in Colonial Spanish America</i> . (By Jenaro Artiles) . . . . .		67
VÍCTOR L. URQUIDI, <i>Viabilidad Económica de América Latina</i> . (By Robert L. Sammons) . . . . .		68
CARLOS R. CENTURIÓN, <i>Historia de la Cultura Paraguaya</i> . (By Rafael Eladio Velázquez) . . . . .		70
GERALD S. GRAHAM and R. A. HUMPHREYS, eds., <i>The Navy and South America, 1807-1823</i> . (By Thomas F. McGann) . . . . .		71
ARTHUR P. WHITAKER, <i>Nationalism in Latin America</i> . (By Charles C. Griffin) . . . . .		73
JOSÉ ADERALDO CASTELLO, <i>José Lins do Rêgo: Modernismo e Regionalismo</i> . (By Fred P. Ellison) . . . . .		74

ANDREW P. DEBICKI, <i>La Poesía de José Gorostiza</i> . (By Elías Nandino)	76
CECILIA HERNÁNDEZ DE MENDOZA, <i>Introducción a la Estilística</i> . (By Baltasar Isaza Calderón)	78
PEDRO MONTERO LÓPEZ, <i>Cristal por Medio</i> . (By Gastón Figueira)	79
ÁNGEL DEL RÍO and MAIR JOSÉ BENARDETE, eds., <i>El Concepto Contemporáneo de España; Antología de Ensayos, 1895-1931</i> . (By George E. McSpadden)	82
ALFREDO A. ROGGIANO, <i>Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos</i> . (By Juan Jacobo de Lara)	83
EMILIO ESTIÚ, <i>Del Arte a la Historia en la Filosofía Moderna</i> . (By Arturo Andrés Roig)	84
RECENT BOOKS	87
PUBLICATIONS OF THE OAS AND ITS SPECIALIZED ORGANIZATIONS	110
NOTES AND NEWS	112

# JUAN MARÍN, MÉDICO, CUENTISTA, NOVELISTA

LUIS MERINO REYES

**R**ECIÉN LLEGADO DE LA ISLA DE PASCUA, situada a unas dos mil millas de Valparaíso y a otras dos mil millas de Tahití, me invitó a comer el doctor Darío Verdugo, que había residido en la isla y tenía como invitados al doctor Juan Marín y a Milena de Marín. Por supuesto que Juan Marín también había ido a Rapa Nui, como acudí yo, a mirar algo que no había visto, a recoger una experiencia con mis propios ojos. La vida de Juan Marín está llena de ese deseo imperativo de constatación. Pero de ello hablaremos más adelante. Lo que nos interesa decir entretanto es que esa noche todos los contertulios eran médicos, internistas, cirujanos en plena actividad, con excepción de sus esposas y de quien esto escribe, sin otro título que uno jamás otorgado por la Universidad y que siempre se confiesa con algo de inseguridad y de rubor: novelista, periodista, poeta, escritor.

En aquel cenáculo de médicos, Juan Marín se movía como pez en el agua y estaba a la altura de todos esos expertos, soldados en la actividad de la primera línea, sin que, por cierto, sus colegas pudieran igualar el prestigio suyo en la literatura, la divulgación científica, las actividades societarias, el periodismo. Se hablaba en aquella reunión de que Juan Marín reconociera un tiempo de servicios médicos y lo hiciera válido en algún proceso de jubilación, y uno de los galenos dijo: "Pero si usted se decide a tomar el bisturí, doctor, es bien capaz de volver a operar con destreza". "No —replicó Juan Marín, siempre guiado por su cautelosa modestia—, sólo me atrevería a cumplir con una práctica de policlínica". Entonces el médico en actividad insistió, confiado en el pulso del antiguo cirujano, acaso movido por los recuerdos o por aquello que se sigue diciendo de un hombre cuando él abandona un trabajo cumplido con pasión, con esa emoción arrebatadora con que algunos se dan a la vida, sin preocuparse de los recuerdos que pueden o no dejar en pos de sí.

Juan Marín se había recibido de médico a los veintiún años, una edad en que otros empiezan a escoger una carrera universitaria, y fue uno de los jóvenes y audaces cirujanos del equipo del maestro Lucas Sierra, famoso en Chile; después actuó como médico de la Armada chilena, llegando a ser jefe de ese servicio, hoy día modernamente organizado. Pero todo esto no sería más que un dato

que algunos investigadores acuciosos podrían ensamblar en fechas muy precisas y otros exaltar conmovidos por la calidez de una evocación romántica. Lo que aquí nos interesa señalar es la actitud de médico que Juan Marín nunca reemplazó por completo, ni con sus poemas, cuentos y novelas. No fue un médico al estilo de Chejov, por ejemplo, el dramaturgo y cuentista ruso que vivía en su ciudad provinciana como un patriarca; no fue tampoco médico como Schiller, que obtuvo el título obediente al mandato de su señor; no fue médico a la manera de Pío Baroja, que sólo recordaba, dentro de la estructura seca y gris de su prosa, esos cadáveres que un celador de la muerte bajaba o subía del depósito a la sala de disección, llevándolos arrastrados de los pies, azotadas sus cabezas inertes en la lítica gradería de la escalera.

Juan Marín escribía, vivía en preocupación literaria; pero nunca había dejado de ser médico; jamás salió de sus labios una excusa diciendo "ya no me acuerdo de nada, hace años que no ejerzo", si alguien le formulaba una pregunta demasiado compleja, de esas con que tanto insiste el profano ante el médico, movido por su impulsión primitiva de ver en el médico a un sacerdote o un hechicero. Bastaba que algún amigo se enfermara para que, en medio de la conversación literaria, surgiera insinuado su diagnóstico. En una crisis cardíaca sufrida, hace años, por el escritor y periodista Rafael Maluenda, director de *El Mercurio* de Santiago, andaba Juan Marín por allí cerca de su despacho y alcanzó a prestarle auxilio. Cuando el novelista Luis Durand—escritor campesino que vivió gran parte de su existencia enfermiza, aterrorizado por la idea de la muerte—fue vencido por la enfermedad y se encontraba sumido en el coma, llegó Juan Marín a visitarlo y le tomó el pulso, igual que los demás médicos que estaban en la clínica. Si en un grupo de escritores se hablaba de la panacea que ocultaba el whisky para el sistema circulatorio y se recordaba que hasta al anciano Cardenal y Arzobispo de Santiago, Monseñor Caro, se le había prescrito unas dosis pequeñitas de este alcohol, para dilatar sus arterias, Juan Marín se ponía serio y, acorazándose en su rostro de médico, afirmaba: "Todo licor hace daño al corazón, lo que puede haberse establecido es que el whisky es menos dañino que otros alcoholes".

Queremos concertar estas anécdotas cotidianas afirmando que el estudio de la medicina y, más que eso, el ejercicio de la ciencia médica, su repercusión orientadora en el medio social, era para Juan Marín orden en su existencia, estrella redentora que guiaba su paso. Su permanencia como médico naval basó probablemente una multitud de recuerdos en su subconsciencia, imágenes que afloran vivas en sus novelas *Paralelo 53 Sur*, *Naufragio*, *Cuentos de viento y agua*.

Un autoritario y enfático jefe naval llamó cierta vez a su cámara al teniente Marín y le manifestó que estaba informado de sus ideas sociales avanzadas y que, de propagarlas entre el personal, no podía permanecer a bordo del buque. El teniente cirujano Marín replicó muy formalmente, en rígida posición naval, que

aquella información era errónea, y el temido jefe náutico dio fe a la palabra del médico, apasionado escritor en ejercicio ya. Y pensamos, ya desaparecidos los protagonistas, que aquel diálogo fue justo, desde las posiciones de ambas partes. A Juan Marín lo alentaba un ideal, algo fuerte y ávido como impulso generoso, tendiente siempre a rozarse con lo abstracto, con la atmósfera decantada en que se manejan las ideas puras. De ahí tal vez su incorporación y ascenso a las más altas cimas en las sociedades iniciáticas.

Varios fueron los libros de temas médicos escritos por Juan Marín. Abramos uno: *El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales*, publicado con sello de la Editorial Nascimento de Santiago de Chile, en 1937, dos años antes de que se desencadenara la última guerra mundial, que el autor presiente acongojado en el texto de su obra. Es este un libro deshilvanado, abundante en citas que fustigan la hipocresía de un medio social y el hecho con el cual la mente joven nunca se adapta—si es joven de verdad—de aconsejar y hasta predicar, en voz muy alta, una cosa y hacer hipócritamente otra. El divorcio, el aborto legalizado, hasta la posibilidad del amor libre, si este protege la integridad social de la mujer, vapuleada y perseguida cuando se atreve a ser madre soltera, resultan al impetuoso y joven médico un mandato de los tiempos. Y es claro que estas opiniones, dadas a conocer antes de publicar el tomo, provocaron réplicas duras, que el autor, siempre alentado por su natural honradez, incorporó al libro, aunque fueran en contra suya, sin otro resguardo que transcribirlas entre comillas. Sigamos la opinión del psicoanalista y sexólogo español César Camargo y Marín que Juan Marín inserta en las páginas 154 y 155 de su obra ya citada y que dice así:

Si quieren desterrar prejuicios contra la concepción extramatrimonial; igualar en lo posible la condición de la mujer a la del hombre, etc., santo y muy bueno, pero fomentar el vicio y disculpar el crimen, de ningún modo. Porque crimen, y de los más repugnantes es el *aborto*, aunque lo practique un médico, y creo que no se dignifica la profesión encomendando esa misión a facultativos, cuando entre ellos hay quien duda, incluso acerca de la licitud de matar al feto para salvar la *vida de la madre*.

Es un lenguaje entre ético y científico, con sonoridades apocalípticas, que nada tiene que ver, a nuestro juicio, con la intención y el desarrollo de la obra del joven médico chileno. Juan Marín agavilla muchas opiniones; se demuestra un lector acucioso, infatigable; camina junto a eminencias inglesas, norteamericanas, alemanas, rusas y españolas; nos da su propia opinión; nos exhibe convincentes estadísticas, pero no llega a ninguna conclusión de índole absoluta. Es ya un humanista el autor de este libro, alguien que no quiere ni puede convertirse en juez de última instancia.

Es que hay todo un proceso en la evolución humana de este hombre. Como algunos santos cristianos, San Agustín, Pablo de Tarso, que parten de la vida azarosa a la introspección, al ejemplo, y en seguida se refugian en la luz de la letra experta y ejemplarizadora, Juan Marín, extravertido en la juventud, amador

impetuoso como Lope de Vega y Garcilaso, empieza a viajar después por la intimidad de sí mismo, favorecido por los ambientes horriblemente humanizados y a la vez deshumanizados, hasta el espanto, de algunos países del Oriente, donde vivió largos años y nutrió la inspiración de innumerables crónicas suyas y de varios tomos sobre la India eterna y el Egipto de los Faraones. Una especie de fe o convicción en la impersonalidad, en la anulación del "yo", lo animaba; la certidumbre de que el hombre era espiritualmente más alto cuando creía formar parte de un todo y no de la vanidosa unidad, en ese relámpago, entre densas tinieblas, que viene a ser la vida.

Esta convicción casi nunca confesada directamente, sino más bien hecha visible en el diálogo de algunos de sus personajes de novelas y cuentos y en la lucubración de la crónica, con mucho de impasibilidad expectante, es clara en su libro *Cuentos de viento y agua* impreso por la Editorial Nascimento en 1949. Aquí en este tomo, de 235 páginas, está Juan Marín casi íntegro, con su realismo vernáculo de atmósfera náutica, de resolución trágica ("Puerto Negro"); en el relato impasible, frío, que se acondiciona a la más horrible crueldad, una crueldad muda, sin glosa ("Mar Pacífico"); en el cuento de técnica inglesa, cuyo alarde imaginativo, de muy sutiles filamentos, parece huir de la tosca barbarie que corre bajo la epidermis de los héroes ("El hombre de la medianoche"); en el ánimo de sustituir, dentro del sorpresivo relato, al sujeto con su doble delirante—una técnica que recuerda a Guillaume Apollinaire y el dinamismo—siempre imaginario, de sus relatos prodigiosos ("El hombre del funeral"); en el personaje pretexto para una lucubración de magia y poesía científica ("El hombre de música"); en la anécdota desenfadada en que un sujeto narra, como en los *Amores raros* de Somerset Maugham, un asunto que tiende a dramatizar la realidad, a espantar el tedio y que se convierte después en el más terrible de los sucesos reales, con elementos lógicos, al ras del suelo, guiada la acción hacia un espanto que el autor, siempre impasible, deja en suspenso ("La historia de amor del doctor Jerkins").

Y ya que hemos nombrado a otros autores, diremos que Juan Marín había leído muy bien a Joseph Conrad, a Blaise Cendrars, a quien tradujo; a Somerset Maugham, de quien acaso aprendió a ser ameno, por encima de todo y, también, como lo hemos visto, al Guillaume Apollinaire prosista, ése de los cuentos de acción continua y sorprendente que están en *El heresiarca y compañía*. Sólo que la imaginación de Marín se mantenía fiel a una inquietud metafísica, en pugna con el sarcasmo de origen antropológico, lo que es más paradójico dado su hábito profesional de médico, a tono con las religiones y cofradías iniciáticas que su curiosidad infatigable lo llevó a frecuentar. Sigámoslo en el éxtasis de los sentidos de su personaje que narra en primera persona:

Perdía rápidamente la noción de lo real y entraba en el encantado mundo de los sueños. Mientras mi conciencia sucumbía bajo el asalto de las impresiones melódicas, las zonas más lejanas y profundas de mi psiquis, liberadas y potentes ahora, se echaban alma afuera y ponían en mis pensamientos el sello de su indefinible misterio.

Empecé a construir extraordinarias fantasías acerca de mi vida y mi destino. La música actuaba como elemento animador de sutilísimas alquimias intelectuales y me hacía vivir, fantásticamente, arrastrado por el mito y el artificio, en héroe y mago y aun en demiurgo.

A cada momento mi capacidad receptora se agudizaba más y mi estado se acercaba ya al trance sonambúlico. Gruesas lágrimas se escapaban de mis ojos y mi cuerpo temblaba como si una fiebre maligna se hubiera apoderado de mí.

Con posterioridad he leído que Tolstoi y Lenin sufrían paroxismos semejantes oyendo a Beethoven (*Cuentos de viento y agua*, Santiago, 1949, p. 85).

O en esta fabulación melódica, registrada también en el mismo cuento intitulado "El hombre de música":

Contemplándolo así, mi embriaguez melódica me hizo construir una rara fabulación de la cual recuerdo sólo algunas imágenes dispersas: me pareció que el teatro todo era un enorme estanque de color glauco en que las notas de la orquesta circulaban como pececillos sonoros. Nosotros, los auditores, éramos pesados buzos que yacíamos en el fondo, apoyados contra las paredes y nos divertíamos en nuestra inmovilidad, mirando pasar frente al cristal de nuestras escafandras, la ágil ronda de los peces melódicos. Los había de todos colores: el flautín emitía pececitos azules, celestes, finísimos todos ellos. Del violín escapaban peces rojos y anaranjados. Del cello, peces un poco mayores de color bronceado. Del piano, legiones multicolores como en un arco iris. Del timbal, verdes muy teñidos. De los platillos, unos peces anchos del color del oro. El contrabajo y el tambor engendraban peces negros, grandes y lentos, los del primero, pequeñitos y fugitivos los del segundo (*Ibid.*, pp. 86-87).

Esta modalidad se encuentra distante de su realismo, algo más sostenido en sus novelas y en alguno de sus cuentos, como esta visión sensual, dinámica, de una ciudad en movimiento, que hace en el liminar de un relato anecdótico, de nódulo muy cruel:

Había comido en el "Aquatic Club" y a pesar de estar allí a la orilla misma del mar, sentía que faltaba el aire en los pulmones y que arterias y venas iban a estallar en mi cabeza. Apenas puesto a caminar, sentí que una rara sensación me invadía, efecto tal vez del ambiente. Una extraña voluptuosidad llenaba la atmósfera. De la sombra de las torcidas callejuelas surgían muchachitas oscuras que invitaban a celebrar desconocidos ritos en el altar de Eros—o en otros altares— a cambio de unos cuantos chelines. Marineros de los barcos mercantes pasaban, ebrios, cantando viejos aires escoceses o irlandeses, rodeados de negras de abultados senos que los perseguían con su asedio. En la obscuridad urbana se adivinaba una vida oculta y poblada de tremendas lujurias. Un vago rumor lascivo parecía alzarse de todas partes como un himno a la naturaleza tropical y ardiente. La tierra, los platanares, las palmeras, los campos de caña de azúcar, la campiña entera despedían sutiles y penetrantes aromas vegetales de pólenes genésicos. Y el agua misma de aquel mar, quieto y espeso como un jarabe o un alquitrán plateado por la luna, parecía palpitar con un hirviente ritmo de vida y multiplicación. Desde la selva hasta el cuarto del hombre de la ciudad, todo ser viviente, parecía entregarse a turbios ayuntamientos de una lujuria negra y exuberante (*Ibid.*, pp. 101-102).

Alguna vez oímos a cierto escritor fenomenal chileno, que hablaba de sí mismo, acerca de la importancia de su literatura imaginista, única o muy escasa, dentro del realismo geográfico, ubicable por zonas marinas, campesinas o urbanas de la literatura chilena. Pensamos entonces como ahora que, en esa latitud literaria, Juan Marín ha sido incomprendido y, por ello mismo, olvidado. La mayoría de sus cuentos y la resolución de sus novelas, *Viento negro*, por ejemplo, tienen un acento imaginativo, el salto de la realidad monótona y opresora, que acaso le viene al autor de su carácter andariego, con un sentido muy claro de que la literatura es artificio fabulador, hecho verosímil dentro de sus límites propios, pero extraordinario. Tal fuerza imaginativa está armonizada tanto en lo que los personajes dicen como en lo que hacen, a pesar de que se apoya con más plenitud en las palabras que en los hechos, en el relato que en el suceso activo, como es el caso del gran Apollinaire. Y volviendo la vista a otro jalón de nuestra ruta, anotaremos que en este libro de cuentos, elegido para caracterizar a Juan Marín, está siempre visible el médico, un galeno que no se oculta tras el literato ni reniega de él, dejando su profesión como una aventura científica cualquiera, paladeando, al contrario, hasta sus reflejos de médico, según el mismo Marín lo reconoce en una de estas prosas.

*Paralelo 53 Sur*, novela publicada por primera vez en 1936 por la Editorial Nascimento, merecedora del Premio Municipal de Literatura de ese año, prologada por Emilio Rodríguez Mendoza, Francisco Ferrándiz Alborz y Elías Castellnuovo; traducida en trozos al inglés por Harriet de Onís y al portugués por la Editorial "Renascença" de Lisboa, ha sido considerada la mejor producción de Juan Marín. Es, al menos, su novela más popular, aquélla que lo justifica como vigoroso escritor, aun para los más incrédulos de su valía, nunca escasos en Chile, si de enjuiciar chilenos se trata. A nuestro parecer, con superficialidad y error, se ha identificado esta novela con la busca del petróleo en Magallanes, realidad de hoy, aventura de ayer, entorpecida por las más siniestras maquinaciones, conforme a la sagaz intuición popular.

Juan Marín recoge estas inquietudes en una novela de proezas, que no alcanza más de 220 páginas, de las cuales sólo veinte incumben al punto neurálgico del petróleo magallánico. Es más bien la novela un haz de aventuras dramáticas, terribles, espantosas algunas, que van desde una sinopsis del antiguo Magallanes hasta la explosión del pozo petrolero, para asfixiarlo siniestramente, de acuerdo a las instrucciones de consorcios foráneos interesados porque no brote petróleo de las entrañas australes chilenas. Juan Marín llega al final episódico de su libro únicamente con tres de sus personajes: el español José Alonso, el delator de la policía Emeterio Donaire y el manco Salvador Ponce, un héroe en embrión de la lucha social, que el novelista no deja crecer hasta un futuro político de redención. En esta novela de corte realista, puede advertirse con nitidez la tendencia de Juan Marín al dramatismo, a someter a sus héroes a terribles presiones am-

bientales, cuyo desenlace es generalmente la muerte. Mas en *Paralelo 53 Sur* no hay sutilezas ni están los relatos basados en la evocación, como pudimos apreciarlo en sus *Cuentos de viento y agua*. El autor emplea en estas páginas sus recursos de captación psicológica, su atisbo médico, especialmente en las escenas mortales, y su estilo ágil, moderno, apenas profanado por alusiones de origen libresco, recuerdos de pintores y de obras plásticas, con el ánimo probable de atar al lector al esquema impresionante. Móvil que, como es obvio, el autor obtiene con plenitud.

El tono subyacente de la novela, el ámbito de las entrelíneas por donde respira el autor y puede advertirse todo lo que no alcanza o no quiere decir, está repleto de queja social, de afán por un mundo más limpio y sano, donde la relación humana sea también más pura y honesta. Hay cierta actitud de cirujano que resolviera unas piltrafas nauseabundas, cuando el autor afronta el crimen, la venganza, el robo, el golpe alevoso y fatal. No están ausentes tampoco en esta novela los personajes y comparsas de indios yaganes que se entremezclan en los problemas de los blancos, cooperando en su vileza, despertando y saciando su codicia, dando escasas muestras de una veta oculta de estrictez moral y lealtad, virtudes siempre influidas por el resplandor del oro o el asimiento de riquezas posibles, venidas de la venta de las pieles de lobos. Las descripciones ambientales son perfectas, sea buscando los míseros contrastes humanos, propios de una raza enferma y desnutrida, con la amplitud de los escenarios, sea en la enumeración precisa, circunstanciada, que corre el riesgo de convertirse en simple crónica.

Las escenas de cruel dramatismo narradas en *Paralelo 53 Sur*, siempre con acuciosidad impasible, corresponden a la tentativa de fondear un hombre por móviles políticos; a la astuta venganza, por celos, en un frigorífico, cuando el español José Alonso deja encerrado allí al chilote Barría, quien se congela a pesar de sus desesperados e inútiles esfuerzos; a la espantosa muerte de un buzo sumergido, asesinado por su compañero de faena, un inglés al cual se le despierta la codicia viendo el dinero del barco naufrago que ambos pretenden escarmenar. El inglés corta la manguera de respiración al buzo chileno y es izado impasible a la superficie. Fluye también la crueldad colérica de la muerte de un farero, en riña solitaria en el interior del faro austral y de la explosión del pozo petrolífero, que termina ahogando los horrores sucesivos de la novela.

Pero todo esto no lo anotamos como un reparo. Es posible que desde los albores de los héroes trágicos, desde Sófocles mismo, el hombre haya buscado en la exhibición minuciosa de la adversidad la organización defensiva de su propio sufrimiento. Juan Marín, hombre evidentemente sagaz, no escoge esos recursos movido por ánimo enfermizo. Él quiere escribir una novela de garra y en *Paralelo 53 Sur* lo consigue, una novela que mantenga al lector fiel a sus páginas y que deje encendida en su memoria esa llamita que hoy subsiste en el recuerdo del público más distante de la literatura.

Es probable, como ya hemos escrito, que en el luchador social Salvador Ponce, de *Paralelo 53 Sur*, un hombre que logra salvarse de un criminal fondeo, después de estar amarrado con alambres y con un riel afincado en los pies, al precio de quedar manco, con los tendones de un brazo rotos para toda la vida, el autor haya sacrificado un personaje, pero estamos arriesgando una hipótesis extemporánea. Un novelista es como el creador de una sinfonía musical y su oído absoluto sabe exactamente cómo se organizan sus masas armónicas, la persistencia o escasa presencia de sus elementos.

Nos atreveríamos a decir, sí, que *Paralelo 53 Sur*, novela escrita por Juan Marín mientras fue médico de la Armada chilena—a bordo del escampavía *Milcavi*, viajando por el Canal Beagle e islas adyacentes; en el destructor *Serrano*, a través de los canales de Chiloé y Magallanes, y en el acorazado *Almirante Latorre*, en Valparaíso—, tuvo una gestación episódica, de trozos independientes, dramáticos relatos algunos que la destreza del novelista logra manejar y convertir en un todo que hoy día, a más de veintiocho años de haber empezado a escribirse, nadie osaría disociar.

*Paralelo 53 Sur* habrá de permanecer en la novelística chilena amalgamada a la personalidad de su autor, cuando el tiempo explique por qué su naturaleza inquieta, curiosa y andariega no lo resignó a ser un escritor estático, de gabinete o escaparate, atento a los juicios críticos de una obra exigua y perfecta, como frágil pieza de museo.

Citamos de *Paralelo 53 Sur* la primera perspectiva de Magallanes, su atmósfera histórica, vitalizada por las síntesis poéticas en las cuales el antiguo poeta Juan Marín siempre fue diestro:

—¡Magallanes!

Al resplandor de las chimeneas, rostros bronceados, de músculos rígidos, quemantizones de recuerdos y beben largos tragos del ron de la codicia. Marea el oro de Porvenir y de Puerto Cutter, tanto como el mar del Cabo de Hornos y el del tétrico Cabo Pilar. Mientras la mujer desgreñada se abstrae haciendo el recuento de los chiquillos que nacieron y que no existen, el hombre anota en el grasiento papel untando el lápiz en los labios curtidors, las ovejas que ya tiene el vecino.

En las playas inhospitalarias, donde los acantilados resisten implacables la entraña salina que sangra espumas lívidas, hombrecitos diminutos, de mejillas encendidas, se apuñalean por unas botellas de grapa o por el codiciado botín del lobo de dos pelos.

Los indios, ingenuamente almuerzan lonjas de carne de misioneros rasurados y biliosos, mientras los flemáticos ingleses de las estancias practican el singular deporte de cazar melenudas cabezas de yaganes. En el Cuartel, el señor capitán condimenta su desayuno con el indispensable buen vaso de coñac y con la diana macabra de veinte presos deshollados a fuerza de azotes en medio del patio que la escarcha espejea en mirajes de cristal. Hasta que un día cualquiera, aburridos, los presidiarios, dejan inerte el cuerpo del señor capitán, clavado a la sábana del alba con veinte machetazos mortales, como una gigantesca mariposa sin alas en un insectario (*Paralelo 53 Sur*, Santiago, 3a. ed., 1955, pp. 10-11).

*Viento negro*, otra de las novelas de Juan Marín, publicada en segunda edición por Zig-Zag, en 1960, indica un sentimiento social que siempre dignifica al autor y que evita confundirlo con un escritor neutral o con un esteta. Nada más fácil que contar *Viento negro*. Un muchacho nacido en Puerto Amargo, un sitio de la costa chilena ubicado cerca de las minas de Lota y de la ciudad de Concepción—a buen adivinador pocas palabras—, hijo del "Pelao", decano de las cuadrillas de carboneros, pierde a su padre y siente desde pequeñito la responsabilidad de su tierna familia, que encabeza, como estatua de la adversidad, su propia madre. Pero la viuda es todavía joven, está ligada a la faena de la mina, alterna con hombres rudos, delictuosos, salvajes, y lo mismo que la madre de Nerón y de Hamlet, guiada por idéntica fatalidad que Yocasta, profana el lecho materno, casi en presencia de su tierno hijo. El muchacho busca trabajo; es amparado por un matrimonio italiano, lo que evoca algunos personajes ya clásicos en la novelística criolla y también más de una obra de teatro; se enamora de una muchachita que trabaja con su cuerpo en los más sucios burdeles del puerto e ingresa por fin a la Armada Nacional, bajo cuyo uniforme regresa un día, en la triste oportunidad de un conflicto obrero, finalizado con una explosión rara en la historia popular chilena y con una represión sangrienta por parte de quienes simbolizan la defensa de la ley, del orden interno y de las fronteras externas.

El asunto, el suceso de una novela, cabe siempre en muy pocas líneas, y lo que interesaría probar aquí es la forma cómo está desarrollado. Jean-Paul Sartre escribió, más o menos, "para que algo se convierta en aventura, basta narrarlo". Además, Juan Marín advierte en el preámbulo de su libro que no se trata de una historia. Es una ficción, una novela, o sea, de acuerdo con la etimología de la palabra, algo nuevo que se extrae de la realidad y se perfecciona y acondiciona contándolo. Lo dicho viene al caso para quienes buscan claves en las novelas y cuentos y hasta se intoxican con su rencor si encuentran alguien que se les parezca.

La forma en que Juan Marín desarrolla su novela es fluida, límpida, sin entrega al excesivo estilismo, pero tampoco sin desmañarse por el hábito de escribir al correr de la pluma, renunciando a ese radar ultrafino que viene a ser la auto-crítica, la necesidad de castigar y depurar en el instante en que la pasión de escribir alienta al autor. Todos sabemos que después viene otra fase en que se revisa y se pule, se agrega o disminuye, pero Juan Marín revela, en *Viento negro*, no empantanarse en esos menesteres, de suerte que su prosa aflora fresca, rica en recursos literarios que apenas se advierten. Esta sagacidad, esta verdadera técnica un poco intuitiva, pero vigilada por la razón, se advierte más en el fondo de *Viento negro*, en las bases bien cimentadas donde se asienta el motivo de la novela. Aquí se descubre que Juan Marín ha vigilado su empresa, que elimina a tiempo sus personajes, que los hace vivir un plazo justo, que los contrasta de manera que sus perfiles buenos o malos se adviertan con más nitidez, que los hace hablar—supremo escollo del novelista—con una naturalidad capaz de eclipsar los trozos más inve-

rosímiles, aquellos delatores de un conocimiento más ligero, menos profundo del autor, de las costumbres y mentalidad de los seres que anima.

Algún investigador riguroso podría señalar esta falla, esta disparidad sorprendente en el lenguaje y en la acción, que pudiera restar verosimilitud a la novela, a la ficción literaria, pero la verdad humana acaba por imponerse y el lector termina satisfecho, deleitado con el libro. No importa que no haya antecedente de que el obrero chileno destruya su propia mina, su fábrica, sus instrumentos; no importa que un marinero, por haber servido como mozo en la casa del gerente inglés de la compañía, esté a punto de solucionar un complejo asunto social, de reivindicaciones económicas; no importa que el padrastro, amante de la viuda, deudor de gratitud a la hembra, ataque al hijo de la mujer, guiado por una impulsión enconada que no puede justificarse, pareciendo más lógico que soslaye, por conveniencia, el natural celo del muchacho. Todo queda envuelto en una brisa amable, en una ligereza de estilo que recuerda la condición innata de Marín. El autor, a pesar de su idiosincrasia hecha por lo que ha leído, visto y soñado, no nació para ser médico, ni deportista, ni funcionario; vino al mundo para escribir, para contar novelas y cuentos, para echar a vivir personajes de su imaginación, héroes modelados entre sus recuerdos y esperanzas, entre aventuras ingeniosas, algunas desconcertantes.

Escribe Juan Marín, al finalizar la primera parte de *Viento negro*:

Nancy está transfigurada por la lucha y por la angustia, poseída de una extraordinaria fuerza interior que resplandece en sus ojos como una llama. Toda su ternura reprimida, todos los generosos impulsos de su naturaleza femenina encuentran ahora un cauce al través del cual expresarse, un noble fin, un objeto amado en qué polarizarse y obtener saturación.

Detrás del pequeño biombo blanco con que, en un extremo de la sala, han aislado el lecho de Perico—señal de suma gravedad—, ella atiende sin cesar a todos los menesteres del enfermo. Ella enjuga con una toalla el sudor del rostro febril; ella ajusta las ropas del lecho que el muchacho, en su delirio, desordena; ella repone la bolsa de hielo sobre el tórax y con su pequeño abanico multicolor espanta las moscas que, ávidas, asaltan el rostro indefenso del paciente.

La religiosa del hospital ante tanta abnegación y tanto desvelo, se acerca a ella solícita y con esa voz monjil, que es suave e inquisidora al mismo tiempo, le pregunta:

—¿Qué parentesco tiene usted con el herido, niña?

Ella responde sin vacilar:

—Soy su hermana mayor.

Y el médico, que conoce el secreto, calla y aprueba. Ve en aquella muchacha su mejor aliada para salvar esa vida que se escapa (*Viento negro*, Santiago, 1960, p. 90).

*Naufragio* (1939) y *El secreto del doctor Baloux* son dos novelas breves de Juan Marín que no pueden excluirse de la apreciación más somera de su obra y que comprueban directamente la afirmación sostenida por notables autores sudamericanos, en el sentido de que Juan Marín es un gran novelista y cuentista del mar. Ambas son novelas muy breves y muestran otra faceta de la curiosidad

artística del autor: la atenta lectura del creador de *La ballena blanca* y *Benito Cereno*, Herman Melville. Pero es obvio que Marín no se inmiscuye en las complejidades éticas de Melville, que logra un genial simbolismo lírico con las fuerzas cósmicas del mar, especialmente en *La ballena blanca*. Juan Marín en *Naufragio* relata el hundimiento del velero *Birkdale*, que venía cargado de carbón desde las costas inglesas y fue deshecho por la tempestad, tras un incendio por combustión espontánea, en la boca del Estrecho de Nelson. La catástrofe, como siempre sucede, impele a los hombres que van a bordo a mostrarse tales como son y a que el capitán —una personalidad moral superior— resulte abandonado con su gente en parte más medrosa y fiel. Marín disocia el naufragio en dos momentos, cuando se incendia el barco y cuando éste queda encallado sobre una roca. Es un modo de dar curso a su constante tendencia al suspenso, a su preocupación por el lector. Incluso la misma soledad de los náufragos en medio de una isla austral donde tienen agua y pueden alimentarse escasamente con las algas que arroja el mar es también parcelada, y cuando los hombres más evolucionados o más bárbaros quedan solos, debido a que el capitán sale al mar abierto, en un serení, a buscar salvación, les sobrevienen impulsos de antropofagia. Esta solución audaz que en manos de otro autor, con menos destreza que Marín, podría desbaratar todo el relato, logra sostenerse gracias a los sondeos que hace el médico autor en la psiquis de sus personajes, queriendo probar, sin decirlo, que la cultura y la civilización son una delgada cutícula que apenas recubre los viejos y firmes territorios de la barbarie, con sus terribles miedos primarios, entre ellos y en primer término, el hambre.

La "nouvelle", narrada en primera persona, se inicia con un tierno recuerdo de la infancia del héroe; prosigue con la alusión a sus amores; pero toda esa tendencia poética, sentimental, queda reducida a breves estampas cuando Marín aborda el suceso, la aventura que en verdad le interesa. La antigua leyenda sureña del barco fantasma, el *Calenche*, surge aquí esbozada en unas recias líneas. Escribe Juan Marín:

Estábamos todos una noche dentro de la carpa, pues la lluvia había arreciado desde muy temprano. Al lado afuera, bajo un techo de ramas, Yosukiko, que estaba de guardia, atizaba el fuego de nuestra permanente fogata. De pronto un enorme resplandor blanco llenó la noche. Al través de la lona de nuestra carpa, aquel resplandor entró en nosotros y cegó instantáneamente nuestras retinas. El japonés lanzó un débil grito. Nosotros nos echamos afuera apenas pudimos reponernos del súbito deslumbramiento. Entonces vimos avanzar por el aire, según a mí me pareció—otros aseguraban después que había sido por el agua—, un gigantesco navío blanco, con sus velas combadas. Venía con la proa al norte y a una velocidad impresionante. Ni un alma se veía en cubierta. Nadie en el puente ni en las cofas. Sin embargo, se escuchaban voces que parecían arrancar por la borda y desde el puente, como antiguas órdenes de mando. El barco crecía por minutos. Lo veíamos venir encima de la costa, pero él no cambiaba su rumbo (*Naufragio*, Santiago, 1953, p. 56).

Chiloé es una región chilena todavía poblada por los genios y los brujos; recientemente, cuando el terrible maremoto y terremoto asoló la región, e hizo

hernia en su corteza terrestre, cortada a pique sobre un mar profundo, los indios resolvieron sacrificar un niño a las fuerzas del mal y encararon la odiosa realidad en los grises estrados de la justicia. Un novelista informado de Chiloé me contó que él y otros personajes de aventura se vieron en una situación muy difícil en una casa que les había dado hospitalidad y a la cual ellos no correspondieron, y mientras huían a encaramarse a los árboles de los cerros, para guarecerse de la cólera desatada, les bastó gritar "somos del *Caleuche*", para librar sus vidas. Según la leyenda arraigada, al tripulación del barco fantasma puede andar todavía dispersa encima de la Tierra.

Juan Marín se vale de la brujería y de los mitos, en una dimensión universal en que el *Caleuche* es sólo un episodio, para conducir a sus naufragos a la horrible posibilidad de la antropofagia, y escribe:

El hecho no es nuevo ni insólito—comentó Harangi—. Yo una vez en la guerra comí parte del corazón de un hombre. Estábamos en Asia Menor. Yo andaba bajo las órdenes del general Von Khramm, el que comandaba el ejército que batió a los ingleses en Palestina. Allí andaba también Kemal Paschá, el Ataturk. No es mala la carne del hombre. No. ¡Es buena! Solamente el olor... esa cosa penetrante... (*Ibid.*, p. 66).

Tanto en *Naufragio* como en *El secreto del doctor Baloux*, Juan Marín hace más verosímil su creación literaria advirtiendo que se trata de sucesos reales en que tuvo intervención la Marina chilena. *El secreto del doctor Baloux* justifica su título en el epílogo del relato que en su primera parte concierne al hallazgo de un barco naufragado, con todas las posibilidades de dramatismo y misterio a que estos casos inducen. El encantador Melville de *Benito Cereno* se asoma en el comienzo de la narración, cuando el cuentista, hablando en primera persona, descubre el misterio del barco abandonado y escribe:

Con no disimulado terror bajamos por la escotilla que conducía a la cámara de popa. Allí las escenas de cubierta se reproducían sin más diferencia que la de que eran revólveres y pistolas, en lugar de cuchillos, las armas empleadas en este infernal combate, inexplicable para nosotros hasta ese momento. Sobre la mesa, en los cojines, bajo las sillas quebradas, había cuerpos humanos contorsionados, arqueados, echados unos sobre otros o sorprendidos por la muerte en actitudes de huida y de resguardo (*El secreto del doctor Baloux*, Santiago, 1953, p. 90).

En este nuevo desastre marino Juan Marín descubre, por medio de su protagonista, que finaliza sus días en una clínica psiquiátrica de Buenos Aires, el manuscrito en que el doctor Baloux anota sus experiencias, todas encaminadas a probar que el inconsciente sobrevive largamente a la muerte de la conciencia y puede convertirse en peligroso gas destructor. Las teorías de Jung, el disidente de Freud no escaso culpable del fomento de la barbarie propiciado por Hitler y otros papaludos, encuentran en este cuento largo de Juan Marín una amable escenificación.

Acaso la falla del relato esté en la excesiva lucubración científica, demasiado notoria como digresión, sin estar animada en la voz o en los hechos de los personajes, que ofrecen, en la forma como los muestra Marín—algunos con el cuerpo azul y rojizos resplandores metálicos—, suficientes escorzos de fabulación.

Juan Marín nació en Constitución, puerto fluvial en la vecindad de la ciudad de Talca, el 23 de marzo de 1900 y falleció en Viña del Mar el 10 de febrero de 1963. Desde 1929, fecha en que aparece su primer libro, hasta 1956, en que es editado el último, *La India eterna*, publica más o menos treinta obras cuyo estudio somero ocuparía innumerables páginas. Nosotros nos hemos limitado a abrir un compás sobre seis de sus títulos más sugestivos. Pero en su densa bibliografía podrían señalarse otros aspectos curiosos, sin posibilidad de insistir en ellos, al menos en este estudio. Por ejemplo: La Editorial Chilena de Valparaíso publicó en 1933 *Poliedro médico*, libro de 200 páginas en el que se recogen veinticuatro conferencias y ensayos de corte científico-literario, terminando la obra con las palabras que pronunció el autor el 27 de septiembre de 1931 en el Hospital Clínico de San Vicente, en Santiago de Chile, al presentar en un homenaje al gran escritor español Ramón Gómez de la Serna, fallecido en enero de este año 1963, un mes antes que Juan Marín, en Buenos Aires.

En 1941 publicó Juan Marín en Lima, Perú, un ensayo breve intitulado *Los pies vendados de la mujer china y el fetichismo del pie*. Se trata, según el crítico madrileño José Sanz y Díaz, de un estudio médico y de historiador que nos informa con claridad y sentido crítico sobre la arraigada costumbre china de mutilar los pies de sus mujeres, hasta el punto de medirse su femineidad y su elegancia por el diminuto tamaño de los mismos. Tal aberración inhumana nos la explica el autor por el fetichismo y la atracción que siente el hombre chino por la dama de pies pequeños, ya que el pudor de las mujeres amarillas se ha refugiado en ese tabú de los pies, que jamás muestran desnudos más que a su esposo, y el hombre, para el que son indiferentes los demás encantos de la amada, siente al contemplar sus extremidades mutiladas la más ardiente voluptuosidad. El doctor Marín explica esta postura psicológica de los chinos como un dictado sexual morboso que por fortuna va decayendo a medida que la civilización avanza en su país y las exigencias de la vida moderna no permiten tan dolorosas atrofias.

Pero no siempre habla Juan Marín de los hombres. En su obra *La India eterna* prefiere darnos a conocer la maravilla de sus templos, informarnos de manera gráfica acerca de la escultura—análoga a la griega o más humana que ésta— escasamente conocida en nuestro mundo occidental. Pero cuando el autor se entromete con los hombres de la India, nos ofrece estampas inolvidables. No sobra recordar, antes de transcribir la estampa del más grande de los santos hindúes, que la filosofía de la India es religiosa por esencia y que el hombre, guiado por su fe, alcanza las zonas más altas de la perfección, en el sentido más puro que tiene esta palabra: en el desprendimiento. La vida humana occidental está regida

en una vasta zona por la codicia y el egoísmo. La primera de estas impulsiones negativas hace reñir a los hermanos y a los padres entre sí, como si fueran enemigos sanguinarios, sin otro freno que el temor a la justicia y el hábito de encauzar sus odios en canales de papel sellado. El egoísmo hace que las madres no quieran a sus hijos por el tesoro de la vida que a ellos les pertenece, sino por horror al propio sufrimiento, por apego a la molicie y a las comodidades, como si el dolor de los hijos pusiera en riesgo un estado de vida impasible. En cambio, la filosofía hindú pretende introducir al hombre en sí mismo; darle la certidumbre de que el primer adversario que debemos vencer es nuestra propia vanidad, nuestra ambición, el apetito desbocado. Sólo así se explica que el más grande de los santos entrevistados por el doctor Marín, el mismo que sirviera de personaje para una divulgada novela de un escritor inglés, yazga en una tarima con las piernas atrofiadas, suspendido entre la vida y la muerte. Pero sigamos al viajero infatigable. Escribe Juan Marín:

Nos encontramos frente a un hombre anciano (nació el 30 de diciembre de 1879), de aspecto bondadoso, ingenuo y casi infantil, pero profundamente emaciado y enfermo. Se nos aseguró que un sarcoma del brazo está devorándolo rápidamente, a pesar de tres operaciones ya practicadas en él. Sus piernas atrofiadas por la larga inmovilidad meditativa de más de cincuenta años no logran sostenerlo. No puede caminar, y cuando se desplaza tiene que ser llevado casi en peso por sus discípulos más íntimos. Moreno el rostro, blanco el cabello y blanca la barba que se deja crecer discretamente en punta, su expresión facial se ve alumbrada extrañamente por dos ojos grandes y oscuros que parecieran quemar cuando miran, pero que en realidad acarician con una expresión indefinible. Nunca hemos visto ojos semejantes, y cuando su mirada se posa en nosotros, no sólo comprendemos que estamos siendo "leídos" completamente, sino también que toda la bondad del mundo, todo el consuelo y toda la compasión de la tierra se derraman sobre nosotros (*La India eterna*, Santiago, 1956, p. 184).

El Maharishi Ramana, el más grande de los "santos" de la India moderna, no mira a los ojos de su dialogante; le clava la vista en el pecho y la sugerencia a la bondad de esa mirada que hace Marín es sagaz, porque el hombre no anda buscando, en su viaje por la Tierra, sabiduría, sino consuelo, refugio, compasión.

Y así continuamos seducidos, sin poder rematar estas líneas, por los tesoros artísticos y espirituales de Juan Marín. Podría decirse entonces que Marín pasó gran parte de su vida en el gabinete de trabajo, sometido a la exigencia de la expresión artística o científica. Pero además viajó, vivió intensamente, creyó en el bien y en la difusión de la cultura, con la vehemencia de un hombre que no acepta la molicie ni el ocio, que tiene conciencia de la limitación de su destino, que atisba su muerte inevitable. Si es verdad que todo hombre se enaltece, hasta sublimarse en la expresión, Juan Marín pertenece a esos valores humanos que saben o guardan apasionadamente la concordancia entre sus medios y sus fines. La finalidad del doctor Juan Marín fue escribir novelas, cuentos, ensayos, divulgar cultura, defender con ella la libertad del pensamiento, la decencia, la dignidad del

hombre. Sus medios fueron la lejanía de su patria, extendida en la última baranda del mundo, que acaso no le dio todo lo que él mereció, y su cuerpo que un día —testigo y resistencia de muchas andanzas— no lo quiso seguir. Pero estos hombres superiores que han pasado a nuestro lado, que han vivido al alcance de nuestros dedos, nos hacen creer un poco en la quimera de la gloria y en la inmortalidad.

## BIBLIOGRAFÍA DE JUAN MARÍN\*

### I. OBRAS DE JUAN MARÍN

1. *Looping*. Santiago de Chile, Nascimento, 1929. 118 p.
  2. *Clínicas y maestros en Inglaterra y Francia* [notas de viaje]. Valparaíso, Edic. Imp. La Aurora de Chile, 1930.
  3. *Margarita, el aviador y el médico*. Prólogo de Hernán del Solar. Santiago de Chile, Edit. Letras, 1932; 2a. ed., prólogo de Hernán del Solar, *ibid.*, Zig-Zag, 1932. 96 p. (Colección de Autores Chilenos).
  4. *La muerte de Julián Aranda* [novela corta]. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1933.
  5. *Poliedro médico* [ensayos]. Valparaíso, Edit. Chilena, 1933. 200 p.
  6. *Alas sobre el mar, cuentos*. Prólogo de Salvador Reyes. Santiago de Chile, Talleres Gráficos "El Correo", 1934. 242 p.
  7. *Aquarium*. Santiago de Chile, Edit. Documentos, 1934. 26 p.
  8. *Hacia la nueva moral* [ensayo]. Valparaíso, Edit. Medicina Moderna, 1934.
  9. *Un avión volaba...* (novela). Prólogo de Ernesto Montenegro. Santiago de Chile, Ercilla, 1935. 186 p.
  10. *Paralelo 53 sur, novela*. Prólogo de Emilio Rodríguez Mendoza. Santiago de Chile, Nascimento, 1936. 220 p.; prólogo de Elías Castelnuovo, Buenos Aires, Claridad, 1937. 174 p. (Colección Claridad: "Biblioteca de Escritores Americanos") [con el título: *El infierno azul y blanco...*]; prólogo de Francisco Ferrándiz Alborz, Santiago de Chile, Nascimento, 1941. 213 p.; *ibid.*, Nascimento, 1955. 208 p. [las dos últimas ediciones con el título: *Paralelo 53 sur*].
- Esta novela ganó el Premio Municipalidad de Santiago en 1936.
11. *El secreto del Dr. Baloux*. Prólogo de Augusto d'Halmar. Santiago de Chile, Ercilla, 1936. 202 p. (Colección Contemporáneos).
  12. *El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales*. Santiago de Chile, Nascimento, 1937. 273 p.
  13. *Ensayos freudianos (de la medicina, de la historia y del arte)*. Prólogo de Humberto Salvador. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1938. 267 p. (Biblioteca de Cultura).

\* Esta bibliografía fue preparada por FRANK P. HEBBLETHWAITE, especialista de la División de Filosofía y Letras, de la Unión Panamericana.

14. *O inferno azul e branco (Paralelo 53 sul)*, novela. Tradução de Francisco Quintal; prólogo de Francisco Ferrándiz Alborz. Lisboa, Livraria Renascença, 1939. 223 p. (Biblioteca de Literatura "Español-Americana" [sic]).
15. *Naufragio; novela de intenso dramatismo arrancada a la vida chilena, con episodios impresionantes de la tierra y el mar del sur*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1939. 93 p. (Biblioteca Americana).
16. *Orestes y yo*, novela. Prólogo del Dr. José Belbey. Santiago de Chile, Nascimento, 1939. 220 p.
17. *Orestes y yo (drama en tres actos) de Juan Marín. (Adaptación dramática de la novela del mismo autor publicada por la Editorial "Nascimento")*. Introducción de Jorge Carrera Andrade. Tokio, Ediciones Asia-América, 1940. 64 p.
18. *Orestes and I; a play in three acts, by Juan Marín. (A dramatic adaptation of the novel by the same author)*. Translated from the Spanish by Richard P. Butrick. . . Tokyo, Asia-America, 1940. 66 p.
19. "El Emperador Kwang Hsi", drama (adaptación histórica) en 3 actos. Tokio, Ediciones Asia-América, 1941. 138 p.
20. *Emperor Kwang-Hsu*. Tokyo, Asia-America, 1941.  
Traducción inglesa de "El Emperador Kwang Hsi" . . . , ficha 19, hecha por Richard P. Butrick.
21. *Flames in the darkness*. Translation from the Spanish by Richard P. Butrick. [Tokyo, Asia-America, 1941].  
Traducción de *Naufragio* . . . , ficha 15.
22. *China: Lao-Tszé, Confucio, Buda*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944. 454 p.
23. *El Tibet misterioso y sus lamas; resumen de las exploraciones efectuadas por los hombres blancos hasta hoy*. Santiago de Chile, Nascimento, 1944. 172 p.
24. *Viento negro*, novela. Santiago de Chile, Nascimento, 1944. 256 p.; 2a. ed., *ibid.*, Zig-Zag, 1960. 199 p. (Biblioteca de Novelistas) [con el título: *Viento negro*].
25. *El alma de China; su arte, su literatura, sus ideas*. Buenos Aires, Claridad, 1945. 441 p. (Biblioteca La Tierra y el Hombre, 6).
26. *Ángulos psicológicos en la vida y obra de José Batres Montúfar*. San Salvador, El Salvador, Imprenta Nacional, 1945. 24 p.
27. *La ley chilena de seguro social; conferencia dictada en la "Sociedad de Obreros de El Salvador Federada", por el doctor Juan Marín, Encargado de Negocios de Chile en El Salvador (13 de agosto de 1945)*. San Salvador, El Salvador, Imprenta Nacional [1945]. 30 p. (Publicaciones del Ministerio de Cultura).
28. *China jade* [ensayo]. El Cairo, Edit. Al-Hilal, 1948.  
Capítulo traducido al inglés y muy ampliado de *El alma de China*, ficha 25.
29. *Mesa de Mab-jong; una crónica de China*. Buenos Aires, Emecé, 1948. 363 p.
30. *Cuentos de viento y agua*. Prólogo de Juan Felipe Toruño. Santiago de Chile, Nascimento, 1949. 235 p.

31. *Lao-Tszé o El universalismo mágico*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1952. 166 p. (Colección Austral, 1090).
32. *Confucio o El humanismo didactizante*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1953. 147 p. (Colección Austral, 1165).
33. *Muerte en Shanghai*. Prólogo de José Sanz y Díaz. Madrid, Ed. Rollán, 1953-93 p. (Novelistas de Hoy, 22).
34. *Naufragio y otros cuentos*. Prólogo de José Sanz y Díaz y epílogos de Jorge Carrera Andrade y Absalón Baldovinos. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1953. 208 p. (Biblioteca de Escritores Chilenos).
35. *Buda o La negación del mundo*. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1954. 226 p. (Colección Austral, 1188).
36. *El Egipto de los faraones*. Santiago de Chile, 1954; 2a. ed., *ibid.*, Zig-Zag, 1955. 378 p. (Colección Historia y Documentos).
37. *La India eterna*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1956. 474 p. (Colección Historia y Documentos).

## II. ESTUDIOS SOBRE JUAN MARÍN

38. "Algunos juicios críticos acerca de 'Un avión volaba', novela del autor...", en *El secreto del Dr. Baloux*, ficha 11, pp. 169-202.
- Juicios de Salvador Reyes, Norberto Pinilla, Arturo Troncoso, Luis Durand y otros.
39. Baldovinos, Absalón. "Una crítica sobre el autor.—('El Diario Latino', San Salvador, Centroamérica.): Juan Marín, señor de la novela austral", epílogo a *Naufragio; novela de intenso dramatismo...*, ficha 15, pp. I-IV.
- Reimpreso como epílogo a *Naufragio y otros cuentos*, ficha 34, pp. 207-209.
40. Belbey, José. "Prólogo" a *Orestes y yo, novela*, ficha 16, pp. 5-13.
41. Carrera Andrade, Jorge. "Nueva aparición de Juan Marín", introducción a *Orestes y yo (drama en tres actos)...*, ficha 17.
3. p. sin numerar al principio del libro; estudio reimpreso, con ligeros cambios y con el título "Juan Marín, novelista del mar", en *El Nacional* (Caracas, Venezuela), 5 de enero de 1947; en *Repertorio Americano* (San José, Costa Rica), t. XLIII, no. 15, 17 de enero de 1948, p. 236; en *La Nueva Democracia* (Nueva York), vol. XXVIII, no. 3, julio de 1948, pp. 80-81; y como epílogo a *Naufragio y otros cuentos*, ficha 34, pp. 205-206.
42. Castelnuovo, Elías. "Prólogo" a *El infierno azul y blanco (Paralelo 53 sur), novela*, ed. de 1937 citada en la ficha 10, pp. 5-16.
43. D'Halmar, Augusto. "Escuela de mareantes y naocheros", prólogo a *El secreto del Dr. Baloux*, ficha 11, pp. VII-X.
44. Ferrándiz Alborz, Francisco. "Prólogo" a *O infierno azul e branco (Paralelo 53 sul), novela*, ficha 14, pp. 5-18.
- Reimpreso en *Paralelo 53 sur*, ed. de 1941 citada en la ficha 10, pp. 7-17, con el título: "Prólogo de la 2a. edición: una gran novela americana".
45. González y Contreras, Gilberto. *Un estudio sobre la obra de Juan Marín*. Tokio, Asia-América, 1940. 25 p.

El mismo estudio fue publicado en *América* (La Habana, Asociación de Escritores y Artistas Americanos), vol. IV, no. 2, noviembre de 1939, pp. 30-38, con el título "Un notable novelista chileno"; y en *Universidad de Antioquia* (Medellín, Colombia), t. IX, no. 36, enero-febrero de 1940, pp. 383-397, con el título "La novela en América: Juan Marín; ensayo crítico especial para *Universidad de Antioquia*".

46. Huneeus, Sergio. "Juan Marín y 'La India eterna'", en *Atenea* (Concepción, Chile), t. CXXVI, no. 372, septiembre-octubre de 1956, pp. 72-79.

47. Lindo, Hugo. "La más reciente obra de Juan Marín", en *Síntesis* (San Salvador, El Salvador), año I, no. 8, noviembre de 1954, pp. 47-51.

48. Montenegro, Ernesto. "Prólogo" a *Un avión volaba... (novela)*, ficha 9, pp. 7-10.

49. Montes, Hugo y Julio Orlandi. *Historia de la literatura chilena*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1955, pp. 252-254.

50. Plath, Oreste. "Editorial Documentos presenta itinerario trunco de Juan Marín", en *Alas sobre el mar, cuentos*, ficha 6, pp. 238-242.

51. Reyes, Salvador. "Prólogo" a *Alas sobre el mar, cuentos*, ficha 6, pp. 3-8.

52. Rodríguez Mendoza, Emilio. [Prólogo] a *Paralelo 53 sur, novela*, ed. de 1936 citada en la ficha 10, pp. 7-27.

53. Salvador, Humberto. "Prólogo..." a *Ensayos freudianos (de la medicina, de la historia y del arte)*, ficha 13, pp. 9-30.

54. Sanz y Díaz, José. "Perfil literario de Juan Marín", en *La Nueva Democracia* (Nueva York), vol. XXXII, no. 1, enero de 1952, pp. 84-91.

Reimpreso como prólogo a *Naufragio y otros cuentos*, ficha 34, pp. 9-17, con el título "A manera de prólogo: perfil literario de Juan Marín"; y, con ligeros cambios, como prólogo a *Muerte en Shanghai*, ficha 33, pp. 5-15, con el título "Juan Marín, un gran escritor chileno".

55. Silva Castro, Raúl. *Panorama de la novela chilena (1843-1953)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 205.

56. "Sinopsis de juicios críticos sobre algunos libros anteriores del autor", en *Un avión volaba... (novela)*, ficha 9, pp. 167-186.

Juicios de Benjamín Jarnés, Ildefonso Pereda Valdés, Oreste Plath, Luis Durand y otros.

57. Solar, Hernán del. "Juan Marín", prólogo a *Margarita, el aviador y el médico*, 2a. ed. citada en la ficha 3, pp. 5-7.

58. Toruño, Juan Felipe. "Prólogo" a *Cuentos de viento y agua*, ficha 30, pp. 5-22.